

Cuestionamientos a la geografía a partir del *cruising* entre hombres en Bogotá

Abordar los lugares que permiten encuentros sexuales entre hombres no es nada sencillo. Por un lado u otro, son rechazados como objetos concretos de investigación. El sexo es aún entendido como parte de la esfera íntima del ser humano, así se dé aún en actos públicos. Esto no deja de ser paradójico, porque se dice que es tema de incumbencia de los directos implicados, pero al tiempo aparecen prácticas policivas que buscan desterrarlo, si no acabarlo. En realidad, la idea de intimidad sólo es una cortina de humo para obviar el hecho de que el sexo siempre es público.

Para la presente ponencia me referiré a lugares de *cruising* / sexo en público en Bogotá, Colombia. Hablaré de los tipos de lugares, su descripción y su posición geográfica y discursiva en el ámbito homosexual masculino de la capital colombiana. Para el caso, comentaré qué tipo de lugares existen, cuáles de ellos escogí para mi investigación de posgrado y qué significados rondan alrededor de estos espacios masculinizados y no heterosexuales¹. En mi opinión, son de los pocos temas en los cuales la heteronormatividad y la homonormatividad, entendidas como regímenes socio-culturales que indican maneras coercitivas de vivir la (homo)sexualidad, tienen puntos de encuentro. El sexo en público en Bogotá causa escozor entre personas heterosexuales y hombres gay (y digo 'hombres gay' con todo el rigor del caso).

Señalaré algunos cuestionamientos hacia la disciplina geográfica que surgen al interior de este trabajo. Sé que podría expandirme y hablar de las preguntas que surgirían también hacia la teoría queer, que es una de mis principales apuestas teóricas, pero he decidido centrarme en la propuesta que David Bell lanzó hace unos años en una conferencia celebrada al interior de un

¹ Prefiero la denominación 'no heterosexual' a 'gay', porque amplía las posibilidades de identificación de estos hombres. Incluso, soy consciente que varios de ellos se autodenominarán 'heterosexuales', pero hago la salvedad al respecto. La negación muestra la tensión de dar identidad a alguien para ser reconocible en el discurso académico, cuando aquella pueda no ser relevante en sus prácticas cotidianas.

encuentro de la *Association of American Geographers* en 1994, con el título *Fucking Geography*², que a la postre sería censurado para aparecer con el nombre de *[screw]ing Geography: censor's version*³. En uno de sus sentidos, *to fuck* la disciplina es reconfigurar la propia manera de investigar al interior de la geografía. Pues bien, el sexo en público sigue la sugerente idea de Bell.

Para terminar, unos apuntes finales a manera de conclusión. Es una investigación que aún está en proceso y que se sugiere en un cruce permanente que podría atreverme a llamar transdisciplinar. Mi investigación no es una apuesta por desbaratar la disciplina geográfica como tal, sino una apuesta por repensar los propios límites del conocimiento geográfico (al menos en Bogotá). En otras palabras, deseo transgredir normas teóricas, metodológicas y epistemológicas que tuve que soportar en el transcurso de mi pregrado y que, me atrevo a adivinar, harían eco en otros ámbitos académicos geográficos de América Latina. O acaso, ¿es fácil realizar trabajos de geografía de género y sexualidad en este rincón del mundo?

Antes de comenzar en forma, mi ímpetu académico me obliga a posicionarme como sujeto productor de conocimiento a través de una aclaración personal. Como geógrafo muy cercano a los estudios feministas, queer y culturales, el tema del *cruising* / sexo en público fue una de mis divagaciones iniciales para sugerir como tema de investigación de maestría. Al principio opté por darle vueltas. Me inclinaba por los lugares gay de Chapinero, nombre del barrio con mayor densidad de locales para hombres no heterosexuales de la ciudad de Bogotá. Ya había realizado dos investigaciones en este espacio en mis años de pregrado referidos a la sexualidad: prostitución femenina y lugares lésbicos. En esta ocasión quería adentrarme en espacios que yo ya conocía de hacía varios años, espacios gay convencionales, pero me resultaban poco esclarecedores frente a mi apuesta personal política y teórica de las relaciones de poder. Por tanto, decidí irme a los márgenes, a aquello que llamo 'lo abyecto de lo abyecto' y construir un proyecto de tesis que me

² Bell visita de nuevo esta propuesta con el título *Fucking Geography, Again* en *Geographies of Sexualities* (2007).

³ BELL, David. "Guest Editorial: [screw]ing Geography: censor's version". **Environment & Planning D: Society & Space** 13, p. 127-131, 1995.

serviera de excusa para insertarme en saunas y cines en donde los hombres buscan, casi siempre de manera anónima, puro y físico sexo. Lugares que también ya había recorrido pero que jamás me había detenido a analizar. Así que, a continuación, hablaré también de mis primeras impresiones, obstáculos, gratificaciones pero, sobre todo, preguntas y desafíos personales, políticos y académicos de este tema de investigación.

Lugares de encuentros sexuales entre hombres en Bogotá

Bogotá tiene 3 zonas de concentración de lugares para hombres no heterosexuales. El más conocido es Chapinero, nombre histórico dado a un conjunto de barrios céntricos de la capital colombiana. En él, se concentran más de 200 establecimientos comerciales y sólo uno sin ánimo de lucro. Además, Chapinero es el centro de atención de las políticas públicas LGBTI de la ciudad y es el espacio de representación por excelencia del hombre gay normativo: blanco/mestizo, de dinero, con cierta posición social, joven, de apariencia física atractiva y consumidor compulsivo de productos gay. Chapinero concentra la mayor atención estatal, distrital y, por supuesto, comercial en relación a la homosexualidad masculina.

Desde una visión homonormativa, sólo los bares, cafés y discotecas son espacios legítimos de socialización. De ellos se habla sin tanto problema. Son la opción del fin de semana, de la diversión con los amigos, del flirteo con un posible futuro novio. En cambio, de los lugares de encuentros sexuales poco o nada se comenta. Así pues, propongo la siguiente división espacial: en Chapinero existen lugares que permiten encuentros sexuales y lugares que no permiten encuentros sexuales. Y en esas categorías habrían subdivisiones: bares, discos, videos, saunas y lugares que tendrían de uno y de otro. Prefiero esta perspectiva queer que me permite leer lógicas espaciales que pasarían desapercibidas de otro modo. No es tanto adquirir una posición anti-homonormativa, sino poner en cuestión las mismas prácticas discursivas que naturalizan el baile y el consumo de bebidas alcohólicas como únicas alternativas de ocio no heterosexual.

El modelo homonormativo recoge las experiencias homosexuales y las agrupa todas bajo la definición 'gay'. Sin embargo, no todos los hombres que

rehúyen a la heterosexualidad se identifican como tal. No necesariamente son personas que aún permanecen en clóset ni que sobrepasan cierta edad sin jamás haber asumido su homosexualidad. Sólo la viven de múltiples maneras y son críticos de una visión reduccionista que los circunscribe a unos cuantos espacios, a ciertas horas del día, en ciertos días de la semana, e incluso, a sólo ciudades grandes del país. Y ello incluye a quienes practican *cruising*.

Por tanto, hablar de una división entre lugares que permiten encuentros sexuales entre hombres y los que lo prohíben, tiene al menos 2 efectos: primero, enfatiza en otras formas de socialización no heterosexual, pero tampoco gay, que son muy expandidas en la ciudad. Segundo, indica que la homosexualidad masculina en Chapinero se vive de diferentes maneras, así las políticas de la representación LGBTI, manejadas y mantenidas por grupos activistas, académicos e instituciones varias, prefieran seguir usando estereotipos sociales que los medios de comunicación reproducen sin mayor escarmiento. No es de extrañar. En vez de problematizar y sacar a la luz la imposibilidad de una homosexualidad homogénea bogotana, prefieren guiarse por el cliché del hombre bonito, exitoso, de alta clase social e, irónicamente, asexual.

Ahora bien, el *cruising* bogotano se divide en dos. Por un lado están los hombres que frecuentan una casa o local comercial específico, por el que hay que pagar cierto precio para entrar, y cuyo interior está ordenado en cuartos oscuros, salas con proyecciones de pornografía y pequeñas cabinas para encuentros privados. Por otro lado están los hombres que tienen sexo al aire libre. Tanto los unos como los otros hacen parte de lo que yo denomino 'sexo en público' o *cruising*. Todos ellos son lugares públicos, que manejan su privacidad de formas diferenciales. En otras palabras, los hombres que realizan actos sexuales en parques y baños públicos, pueden eventualmente ser clientes de saunas y videos. A uno o a otro lugar tienen acceso por la primera condición exigida: su identidad de género.

Ahora bien, por sexo en público me refiero a actos sexuales fuera de la intimidad del hogar. Para mi trabajo de campo, escogí lugares que ofrecen su espacio para encuentros sexuales ocasionales entre hombres y por los que se

debe pagar un costo de entrada. Omití aquellos otros lugares, como baños de centros comerciales, de universidades y algunos parques, que sirven de encuentro ocasional de hombres.

Escogí un videos y un sauna de más o menos 50 videos y 15 saunas que existen en la actualidad en Bogotá, y que en su mayoría están distribuidos en Chapinero. ¿Pero qué es un video y qué es un sauna? Hablemos primero qué no es un video. No es un cine pornográfico, ni una tienda con películas para la venta o alquiler. Con algunas variaciones, un video es un local comercial o una casa remodelada, con frecuencia de dos pisos, en donde los hombres pueden tener sexo. Los locales comerciales que se ofrecen como video son muy pocos en la ciudad; han ido desapareciendo en la última década. Son pequeños, con una sala con sillas y un televisor que transmite un filme, y se ubican principalmente en centros comerciales discretos. En cambio, una casa como video es un espacio amplio que pone a disposición todo su interior. Su organización espacial se divide entre la recepción, los casilleros (algunos de ellos son nudistas o seminudistas)⁴, pequeñas salas de televisión por cable o con pornografía, un cuarto oscuro y unas cabinas. El video podría ser sinónimo del cine gay de otras ciudades de América Latina. Sin embargo, preferí mantener este nombre porque es como popularmente se le conoce y se publicitan en medios impresos y páginas web.

Yo escogí un video de Chapinero que se ubica en una casa de dos pisos. Su primer piso está compuesto de una recepción, unos casilleros en donde se guarda la ropa, una sala de televisión y el acceso al segundo piso, dividido en salas de cine pornográfico gay, una sala de televisión, baños, cabinas y un cuarto oscuro. Sobresalen estos dos últimos espacios: un cuarto oscuro es una habitación sin ninguna luz artificial encendida, pero que no está sumido en completa oscuridad por algún rayo de luz de los pasillos que se asoma a través de las cortinas que sirven de separación. No tiene muebles excepto alguna silla ocasional, su decoración es mínima y tiene vestigios de lo que alguna vez fue la cocina. Por su lado, las cabinas son divisiones espaciales

⁴ Tienen su propio código de vestuario según el día. Por ejemplo, el miércoles es nudista y toda la ropa (menos zapatos y calcetines) debe ser dejada en el casillero. El sábado pueden entrar en camiseta y ropa interior pero sin pantalón, etc.

contiguas de unos dos metros cuadrados, con una silla de cuero alargada que sirve eventualmente como espaldar. Sin contacto exterior excepto por la puerta y alguno que otro orificio originado por las manos ansiosas de algún cliente, es, junto al cuarto oscuro, donde ocurren la mayoría de actos sexuales de los clientes del video.

El sauna en que realicé mi trabajo de campo también se ubica en una casa de dos pisos, mucho más grande y amplia que la del video. No obstante, su división espacial interna es parecida: repiten cabinas, baños, cuarto oscuro, recepción y casilleros, en donde los hombres cambian su ropa por una toalla o pantaloneta de baño, pero tiene espacios que lo son propios, como los jacuzzis, la piscina, las duchas y los propiamente dichos saunas. De éstos hay dos tipos: uno denominado sauna seco y otro denominado sauna húmedo o baños turcos. Ambos son cuartos con altas temperaturas contruidos para experimentar relajación y limpieza corporal a través de la sudoración excesiva. La diferencia entre ambos tipos de sauna radica en que el sauna seco está diseñado en madera, con poca humedad y su temperatura está regulada por el calentamiento de carbón, mientras que el sauna húmedo o baños turcos son baños de vapor, con arquitectura en cerámica y temperaturas más altas.

Las diferencias entre ambos se resumen en: primero, es una cuestión de dinero. No es necesario pagar por entrar a un parque y buscar por un encuentro automático y anónimo con otro hombre, pero sí es necesario hacerlo para hacer uso del espacio ofrecido por un video o sauna. Segundo, es una cuestión de seguridad. La policía no tendrá razón para molestar a los hombres por cuestiones morales, además que ellos no estarán expuestos a ser robados o atacados por otros hombres. Tercero, los saunas y videos ofrecen otros servicios para entretener a sus clientes. Y cuarto, es una cuestión de edad y clase social, categorías que son usadas como 'filtros' para conseguir sexo.

Tanto el video como el sauna permiten encuentros sexuales casuales entre hombres, en especial en sus cuartos oscuros y cabinas. Aunque ambos permitirían en teoría relaciones sexuales en cualquier espacio, lo cierto es que éste se presenta casi en su totalidad sólo en sitios específicos. Esto es paradójico, ya que no existe ningún control físico, no hay ningún empleado

vigilando ni avisos que prohíban el sexo en los pasillos, la piscina o las salas de televisión. Aunque pueden ocurrir, y de hecho pasa, es muy poco frecuente. La intimidad sigue siendo el referente; los hombres prefieren acercarse entre sí sólo donde puedan sentirse en privacidad. Con la notable excepción del sauna seco, es poco probable que dos o más hombres se relacionen sexualmente en las áreas públicas comunes, fuera de un cuarto oscuro o una cabina. Volveré a esta paradoja de lo público/privado más adelante.

Mi trabajo de campo es un trabajo etnográfico, con observaciones participantes en un video y un sauna de Chapinero. Cuando comencé a visitarlos continuamente, recordé que en algún momento de mi vida me enseñaron que son espacios a los que 'no se debe ir', que están en la periferia social gay, que ir no debería ser una alternativa, y si en algún momento se ha ido, hablar en público de ello puede acarrear castigos sociales. Es decir, los videos y saunas bogotanos son espacios-otros marginalizados por el discurso corriente de la homosexualidad masculina en Bogotá. Quien los nombre como opción válida y de igual importancia a la de ir a la discoteca o bar de moda, recae sobre él una serie de epítetos de connotación negativa, como promiscuo, perverso, sidoso (referente a portar VIH/SIDA), portador de enfermedades venéreas, entre otros. Incluso, algunas de las explicaciones generales del por qué estos hombres asisten a estos lugares es por su 'pobreza', 'fealdad' o 'falta de habilidades normales para el flirteo'. Cualquiera que sea el caso, el objetivo de estas denominaciones es la misma: injuriar al cliente del video y el sauna.

Precisamente, su condición de otredad en la homosexualidad fue la que me llevó a decidir insertarme en ellos, con la idea inicial de indagar condiciones que posibilitaran quiebres, fracturas y fugas a la homo y heteronormatividad y sus mecanismos de poder. En mi opinión, el sexo en público es el límite de la norma homosexual masculina, aunque eso no quiera decir que escapa como tal al poder. En absoluto quiero afirmar eso. Lo que quiero decir es que hace parte de la vivencia de muchos hombres no heterosexuales de Chapinero, pero no hace parte del libreto gay establecido, convertido en norma y normalizado. Las relaciones de poder establecidas entre los mismos hombres no heterosexuales entran en tensión en los saunas y videos, al remarcar el sexo inmediato y en buena parte anónimo como objetivo principal del encuentro

entre hombres (en vez de formalizar parejas o de flirtear antes de tener una relación sexual), justo en el lugar en donde se encuentran (sin tener que ir a la casa de alguno o a un sitio que alquila habitaciones por horas) y sin que la identidad sexual importe en sí (cuando 'gay' es una condición dada por obvia en otros espacios). Esta tensión posibilita repensar el proceder del poder, pero teniendo muy en cuenta que lo saunas y videos también hacen parte de entramados de poder amplios, como el del mercado global de consumo, y que en su interior los hombres también reproducen jerarquías sociales de discriminación y uso de los espacios. Aún así, lo que sucede en su interior no es similar al de un espacio homonormativo corriente.

Para la geografía, estos lugares plantean numerosas preguntas que desafían territorios epistemológicos dados por hecho. Sobre estos puntos me extenderé más adelante, pero por ahora quiero sugerir lo siguiente: algunos lineamientos queer traen a colación lógicas espaciales que, de otro modo, pasarían desapercibidos bajo lecturas heteronormativas del espacio. Por ejemplo, no es posible hablar del sexo en público desde categorías que retoman la sexualidad como un asunto dado o que sólo concierne a un grupo sexual minorizado. Se requerirían nuevas metodologías que traten de acercarse a estos espacios-otros que están ahí mismo, que hacen parte del paisaje social y cultural de las ciudades. Esta misma situación, de una gran violencia epistemológica, ocurre en otros ámbitos subordinados, es decir, con personas no blancas, con mujeres, con etnias, entre otros. A ellos y ellas se les lee con el mismo lente androcéntrico, patriarcal, racista, homofóbico y clasista, que esconde su pretensión de un único modelo basado en un ideal de hombre. De ahí la pertinencia de críticas feministas a la construcción de los espacios⁵. También, de lecturas queer o de estudios gay y lésbicos de los espacios-otros sexuales⁶.

⁵ De geógrafas feministas, véase especialmente Massey (1994, 2005), McDowell (1992, 2000) y Rose (1993). De feministas ajenas a la disciplina que hacen aportes valiosos al estudio del espacio, véase Anzaldúa (2007), Fraser (1997) y Halberstam (2005).

⁶ Sobre cruising, no necesariamente con perspectiva feminista y/o gay y lésbico y/o queer, véase especialmente Bedfellows (2008), Bell (2001), Brown (2000), Califia (1994) y Leap (1998). También he tenido la oportunidad de leer uno que otro trabajo al respecto en Brasil, pero aún me queda por revisar más bibliografía. No obstante, destaco Braz (2007) y Díaz-Benítez (2007).

Viene a mi mente el magnífico artículo de Gavin Brown (2008) sobre su etnografía del *cruising* londinense⁷. No quiero extenderme en su texto, sólo rescatar su apuesta por analizar lógicas espaciales con metodologías no representacionales que enfatizan en el ‘dejarse afectar’ por lo que está ocurriendo. Así, tanto los objetos como las personas como las relaciones que entre ellos se crean, afectan directamente al investigador-participante de la acción que está observando. Así, Brown reivindica, por un lado, sucesos que pasan desapercibidos (o así al menos cree uno) por personas heterosexuales que visitan esos mismos baños que hombres no heterosexuales reapropian de ciertas maneras y en ciertas horas del día para tener sexo. Para el autor, los lugares en que estos actos son llevados a cabo son dinámicos y se construyen como escenarios de lucha de los sentidos. Un baño no fue creado para que los hombres se encuentren y tengan sexo, pero aún así eso ocurre. Esto cambia la perspectiva de la construcción espacial en general, no sólo de aquella conectada con la no heterosexualidad.

Por otro lado, el autor lleva aún más lejos la observación participante de la etnografía. Al escribir sus impresiones de una forma directa y audaz, recrea el escenario que está contando como observador y como participante. Brown alega también ser *cruiser* (practicante del sexo en público), por lo que sus líneas muestran, no sólo el panorama de lo observado, sino cómo ha sido afectado por la acción en que ha participado. De nuevo, *fucking geography*. Pero ya no sólo para replantear la disciplina y sus métodos tradicionales, sino para hablar del sexo como acción espacial. Aquello que aún es vetado en la mayoría de círculos académicos, en esta etnografía es puesto en relieve, al mostrar que el sexo en sí también contribuye a producir espacios. Incluso, que los espacios en sí son también follados, *are being fucked*. En el artículo sobresale otra forma de investigar en geografía.

Cuestionamientos a la geografía

Quiero mencionar a continuación cinco puntos centrales derivados de mi tesis, que en mi opinión cuestionan las tradiciones teórico-metodológicas de la

⁷ BROWN, Gavin. “Ceramics, clothing and other bodies: affective geographies of homoerotic cruising encounters”. **Social & Cultural Geography**, Vol. 9, No. 8, p. 915-932, dez. 2008.

geografía. Y no sólo para la disciplina en general, sino también para los estudios de género y sexualidad en la geografía.

1. El sexo es una variable espacial: he notado en algunos artículos y libros, que hablan sobre la sexualidad y la geografía, que se quedan cortos en cuanto al sexo en sí mismo. Por ejemplo, Don Mitchell (2000, p. 171-176) cita el famoso trabajo *Gay New York*, de George Chauncey (1994), donde señala lugares apropiados por hombres no heterosexuales a comienzos del siglo XX en la ciudad de Nueva York. En él habla de baños, bares y lugares oscuros de los parques que se convierten en escenarios de encuentros anónimos entre hombres. Mitchell trae a colación este trabajo para remarcar en la condición espacial de la sexualidad como proceso dinámico y continuo y en relación con otras formaciones sociales. De esta forma, el sexo en público le parece un buen ejemplo de esta aseveración, por lo que continúa la cita de Chauncey para indicar que estos lugares no sólo eran reconocidos por los hombres que los frecuentaban, sino también por moralistas que buscaban sellarlos o eliminarlos (Mitchell, p. 175).

Lo que queda claro de esta cita es la existencia de los lugares, pero no su funcionamiento y objetivo principal de encuentro de los hombres; es decir, el sexo. Al mencionarlos, el autor cree fortalecer el argumento de que la sexualidad es espacial. Sin embargo quedan en el aire preguntas como: ¿por qué se encontraban justo ahí? ¿Qué movimientos realizaban para encontrarse y luego dispersarse? ¿Cómo éstos se traducían en espacialidades? ¿Quiénes y por qué intervenían en ellos? ¿Qué efectos se derivaban de estas actividades? Cuestionamientos que pueden explicarse en *Gay New York* pero ciertamente no en *Cultural Geography*. No basta con hacer una lista de los espacios que los hombres no heterosexuales frecuentaban (y frecuentan) para el *cruising* en Nueva York para decir que la sexualidad también es espacial; en este caso, era el sexo la práctica espacial que requería particular mención. Y para ello es necesario extenderse en el contexto en que sucede, con qué lógicas actúa, quiénes lo practican, cómo aparece en el escenario público y cómo es confrontado por la policía, los medios de comunicación y la sociedad en general. Además, y esta crítica va para ambos autores, evitar llamar gay a

los hombres y sus interrelaciones cuando es bien claro que no tiene cabida en esa época en Estados Unidos.

La sexualidad no es lo mismo que el sexo. Es apresurado denominar gay o con cualquier otra identificación, sea homosexual o HSH (hombres que tienen sexo con otros hombres), a los sujetos del *cruising*. Pienso que este apresuramiento hace parte del intento por entender lógicas espaciales a través de una matriz de inteligibilidad no adecuada y claramente heteronormativa. ¿Por qué no comprender los movimientos de estos hombres en el espacio público desde su propio punto de vista? Así, podríamos conocer cómo se encuentran otros hombres, por qué realizan la elección de un lugar y no de otro y cómo se escabullen para no ser encontrados por curiosos o la fuerza policial. Tacharlos con una identidad específica borra de un tajo significados del espacio que están ahí pero que nadie pareciera querer saber.

Esta misma racionalidad debe ser aplicada incluso en lugares reconocidos por albergar relaciones sexuales entre hombres. En el sauna que visité en mi trabajo de campo, la identidad sexual de sus clientes no tiene la misma trascendencia que en otros contextos, como puede ser el caso de una manifestación pública en que se hace explícita la sigla LGBTI, o en la marcha del orgullo que en Bogotá, o en una salida de clóset ante la familia, entre otros ejemplos. Lo que interesa en el sauna, en su mayoría, es la búsqueda del acto sexual en sí, por lo que es preciso definir movilidades, espacialidades y rituales corporales de acercamiento y alejamiento. Si quienes lo practican se autoidentifican como bisexuales, gay, homosexuales y demás, es lo de menos. No puedo decir lo mismo del género, ya que 'ser hombre' es condición sine qua non de entrada. Por tanto, un trabajo investigativo sobre *cruising*, e incluso algunos otros de la geografía, requieren de teorías y metodologías que se aparten de la centralidad hegemónica de la heterosexualidad.

2. El *lugar* del género y la sexualidad en la geografía: en un libro que editó a mediados de la década de los 90, Nancy Duncan (1996: 1) sugiere que

BodySpace intends to “place” gender and sexuality (in both corporeal and discursive terms) squarely on the academic agenda by emphasizing place, space

and other geographic concepts that are useful in contextualizing and situating social relations.

Esta sugerencia hereda el mismo objetivo de un importante libro editado sólo un año antes, *Mapping desire* (1995), en el cual varios artículos llevan a cabo la tarea de ‘sacar del clóset’ al género y la sexualidad como temas válidos y de vital importancia en la geografía⁸. Por un lado, ambos libros recalcan en la necesidad de dejar a un lado los prejuicios y la creencia de que sólo son pertinentes cuando se hablan de grupos minorizados por su no heterosexualidad. Por otro lado, ponen de relieve la interconexión con la clase social, la raza, la etnia, la edad y otras categorías de corte social que, en su conjunto, dan un amplio panorama a las problemáticas espaciales.

En mi trabajo de campo, esta perspectiva interdisciplinar me permitió ahondar en lo que estaba observando. A cada uno de los lugares no entra cualquier persona. Los clientes sólo son hombres y la mayoría rebasan los 35 años, no siguen el modelo canónico de belleza, casi no asisten de forma asidua hombres afrocolombianos y el precio de entrada es una muestra del poder adquisitivo, más si es cliente asiduo como pude observar en algunos casos. De esta manera, el lugar se explica desde estas y otras variables que intervienen en él, en su identidad como video o sauna (algunos hombres prefieren ir a uno o a otro según el precio, la ubicación y el tipo de clientela) y en su interrelación con otros, sean similares a él o no, heterosexuales o no.

Lugares más comunes, como un centro comercial o la plaza principal de la ciudad, también requieren perspectivas de género y sexualidad de las prácticas espaciales. Podríamos sorprendernos si le damos un *lugar* concreto y fortalecido a las teorías feministas y queer, especialmente, para dar cuenta de cualquier trabajo en geografía. Por ejemplo, recuerdo que en una pequeña plaza del centro de Bogotá, en donde en el día muchos hombres mayores de 50 años se sientan a leer el periódico, descansar, charlar con sus amigos, tomarse un café o fumar un cigarrillo, también es un espacio de búsqueda de hombres mucho más jóvenes que ellos. La heterosexualidad es la máscara que

⁸ Herencia que es recogida y trabajada con más ímpetu en *Pleasure Zones: Bodies, Cities, Spaces* (2001) y *Geographies of Sexualities* (2007).

usan para esconder sus verdaderas intenciones de permanencia y continua visita al espacio mencionado. Por supuesto, sólo un 'ojo entrenado' ha de darse cuenta de esta peculiar situación, tapada por nuestra visión heteronormativa que nos ha sido enseñada desde nuestra niñez, diciéndonos que toda persona es heterosexual hasta que se demuestre lo contrario.

3. En los lugares circulan diferentes significados sexuales, por lo que no hay un sentido unívoco ni mucho menos fijo en el tiempo: vuelvo un instante al texto de Gavin Brown (2008). En su artículo, nombra el caso de los baños públicos, en el que unas personas asisten a ellos por necesidad física, mientras que otros acuden a encontrar parejas sexuales ocasionales. Mismo lugar, diferentes sentidos espaciales. Incluso, quienes buscan sexo tendrán en mente encontrar hombres de determinada configuración física o prácticas de sexo en público particulares. Así, le tomarán cariño a un baño en especial más que a otro.

En el caso de los saunas, también aparecen objetivos diferentes de uso espacial. Tuve la oportunidad de observar que mientras algunos clientes iban de un lado para otro mirando hombres, tanteando la posibilidad de un encuentro sexual inmediato, otros hacían uso de los servicios de jacuzzi, sauna y piscina sin mayor ansiedad por tener sexo. Se relajaban antes que todo. Incluso, era posible ver que algunos hombres ni siquiera estaban interesados en el sexo, sólo deseaban descansar y 'consumir con la mirada' cuerpos masculinos. Cada uno de ellos tiene un sentido diferente que no necesariamente está en contravía uno con el otro.

Lo mismo ocurre en el campus de mi universidad. Es vox populi que algunas parejas heterosexuales esperan el abrigo de la noche y buscan algunos espacios oscuros, alejados de la plaza principal y del movimiento de estudiantes, para tener encuentros sexuales. Los vigilantes también lo saben, por lo que realizan rondas periódicas para vigilar que aquella pareja que está recostada en el césped no esté más cerca 'de lo que debería'. Si el encuentro es exitoso, no será raro que vuelvan, creando un vínculo afectivo con el lugar a través de un significado diferente a aquel que pueda tener quien transite y permanezca por ahí en el día para leer o para jugar.

Por tanto, es preciso enfatizar en el carácter dinámico del lugar, de sus significados y de las relaciones sociales que lo construyen y configuran (Massey, 1994, p. 146-156). Un lugar no necesariamente es el mismo hoy que hace diez años, diez meses o diez horas, para cada uno de sus moradores. Más bien, se revela como producto de la intersección de relaciones sociales y prácticas culturales que están en continuo movimiento pero que en un instante preciso en el tiempo-espacio le da la unicidad y particularidad que lo diferencia de los demás. Así, él también muda en sus sentidos e identidades. En vez de un marco fijo de interpretación geográfico, una situación epistemológica que da cabida al dinamismo y fluidez espacial, que problematiza –en vez de esconder– las diferentes circulaciones de significados y símbolos del lugar.

4. El sexo y los conflictos territoriales: ya he mencionado que el *cruising* es una práctica que tiene enemigos. El Parque Nacional en Bogotá, lugar emblemático de la ciudad por su extensión y antigüedad, es hogar temporal en el día de familias y transeúntes, y en la noche de hombres que buscan compañía sexual de otros hombres. Por esa situación, no son pocas las veces que la policía realiza rondas para atrapar incautos y llevarlos a sus estaciones por ‘romper con la moral y la tranquilidad de la sociedad’. La misma situación ocurre en algunos centros comerciales, incluso algunos de ellos han remodelado por completo sus baños para mayor efectividad en el control espacial.

El *cruising* desafía al poder heteronormativo que predica un orden espacial higiénico y homofóbico. Lo que estos hombres realizan son transgresiones públicas del sentido hegemónico del espacio, aquel que proclama que no deben realizarse ningún acto sexual en público, incluido nudismo genital. Nada de eso está permitido en Bogotá y en muchas partes del mundo. Pero a pesar de estas batallas que ocurren casi siempre en la noche, el efecto es contrario: multiplican los lugares de encuentros sexuales al aire libre. Si los hombres son desterrados de uno de ellos, no por eso dejarán de buscar parejas. La acción *anti-cruising* lo que en realidad efectúa es la dispersión de la práctica a otros espacios no contemplados.

El conflicto territorial se resuelve en contra del poder heteronormativo. Los hombres prueban más lugares, observan cuáles les sirven y cuáles no, los comentan en redes virtuales y dejan algunas marcas físicas como prueba de éxito de su búsqueda. O algunos de ellos deciden gastar su dinero en videos y saunas, por lo que aumenta el número de clientes sin que el *cruising* en sí desaparezca.

Sin embargo, sólo el sexo no provoca conflictos territoriales. El desafío ocurre cuando dos o más hombres deciden buscar sexo, por lo que desarrollan múltiples estrategias para conseguirlo. En el caso de centros comerciales, entran a los baños mirando a todo presente que pueda corresponderle la mirada, permanecen más tiempo del 'normal', realizan rondas hacia baños aledaños, merodean, entran a los cubículos sin cerrar por completo la puerta, se bañan y secan las manos de más, entre otras acciones que levantan suspicacias. En sí, la búsqueda termina por transgredir los espacios, además del acto en sí de encerrarse en algún cubículo y tener sexo. Si el objetivo no se cumple, la apropiación temporal del baño creará conflictos con otros hombres que usan el lugar para las actividades 'que deben ser'. En realidad, el lugar es un escenario permanente de poder.

5. Interconexión (sexual) con otros lugares: la persecución al *cruising* al aire libre tiene relación directa con aquel que se practica en lugares cerrados. Uno y otro son opciones de búsqueda de compañeros sexuales. Opino que la diferencia principal radica en la sensación de seguridad (la cual tiene un precio que se paga en la recepción) que ofrece el espacio de un establecimiento, cuyas paredes sirven de obstáculo a personajes indeseados que acabarían con los encuentros. Sea en uno o en otro, el objetivo es similar: follar.

El hombre del sauna y del video bogotano se encuentra en íntima relación con el hombre del Parque Nacional y del baño del centro comercial. Pero también está relacionado con otros ámbitos personales, lo que permite crear una interconexión de lugares, que sólo es visible bajo ciertos puntos de vista. Por ejemplo, la ubicación del sauna que visité no es adrede. Es estratégica, ya que se encuentra localizado en una zona céntrica y de alto flujo comercial, de transporte y de transeúntes. Aún así, su entrada da hacia una

calle muy discreta. Tanto, que pasa desapercibida para cualquier persona. No tiene aviso ni bandera arcoiris, y su vigilante sólo abre la puerta cuando observa que un hombre se dirige directo hacia ella. Su discreción lo hace pasar por una casa más del barrio, así que su relación con los lugares aledaños se configura en términos de intimidad.

El sauna está justo donde los límites de Chapinero se desdibujan. En cambio, el video que visité se encuentra muy cerca de la zona de mayor densidad de lugares para hombres no heterosexuales. Aunque las condiciones son similares al del sauna (entradas discretas, ubicación céntrica y comercial en calles poco transitadas pero cerca de flujos importantes de personas y de transporte local), lo cierto es que su permanencia cercana a bares, cafés y discotecas abierta y explícitamente gay impide que pasen desapercibidos con facilidad. El espacio, a una escala más amplia llamada Chapinero, es identificado como gay. Los lugares que en él se ubican son visibles, así sean videos y saunas que, al contrario de otros, evitan colocar anuncios externos o con significados explícitos. Queda por investigar qué nivel de conexión existe con espacios similares (y si es equilibrado), con espacios comerciales comunes (si entablan algún negocio), con zonas residenciales (y qué opinión le merece al habitante vivir cerca de sauna o video) y con la ciudad en general.

Para concluir

David Bell (2007, p. 85) comenta que “ [...] parts of human geography have exhibited greater ambivalence or resistance to sexuality, sex and queering, though in most it has been possible to force open a small discursive space to talk about some sex and body stuff”. En la misma línea, el *cruising* aparece en ese pequeño espacio que una perspectiva epistemológica diferente en la geografía ha abierto. La articulación lugar-sexo (no sexualidad, ni sólo género) de seguro causa extrañeza, prevención y escozor, pero es un ejemplo de cómo pueden abordarse prácticas culturales espaciales que, por alguna razón u otra, permanecen invisibilizadas en la disciplina.

El tema del *cruising* aún está lejos de agotarse. A mi mente vienen cuestionamientos sobre las masculinidades, la performatividad, los lazos comerciales entre lugares de encuentros sexuales, las identidades espaciales,

la relación con las personas heterosexuales, la transformación del par público/privado en sus espacios internos, la relación con la raza y la etnia, los patrones de belleza que manejan y, sobre todo, queda por hacer su genealogía. O mejor, por continuar follando a la geografía.

BIBLIOGRAFÍA

ANZALDÚA, Gloria. **Borderlands/La Frontera**. San Francisco: Aunt Lute Books, 2007.

BEDFELLOWS, Dangerous (ed.). **Policing Public Sex: Queer Politics and the Future of AIDS Activism**. Boston: South End Press, 1996.

BELL, David. "Guest Editorial: [screw]ing Geography: censor's version". **Environment & Planning D: Society & Space** 13, p. 127-131, 1995.

BELL, David. "Fucking Geography, Again". En BROWNE, Kath, LIM, Jason, BROWN, Gavin (eds.). **Geographies of Sexualities: theory, practices and politics**. Hampshire: Ashgate Publishing Limited, p. 81-88, 2007.

BELL, David, VALENTINE, Gill (eds.). **Mapping Desire: Geographies of Sexualities**. Nueva York y Londres: Routledge, 1995.

BELL, David, BINNIE, Jon, HOLLIDAY, Ruth, LONGHURST, Robyn, PEACE, Robin (eds.). **Pleasure Zones: Bodies, Cities, Spaces**. Nueva York: Syracuse University Press, 2001.

BRAZ, Camilo Albuquerque de. "Macho *versus* Macho: um olhar antropológico sobre práticas homoeróticas entre homens em São Paulo". **Cadernos Pagu** (28), p. 175-206, janeiro-junho 2007.

BRAZ, Camilo Albuquerque de. "(Dis)posições: gênero, práticas sexuais e marcadores de diferença entre homens que freqüentam clubes de sexo". En: **26ª Reunião Brasileira de Antropologia**, junho 2008, Porto Seguro.

BROWN, Gavin. "Ceramics, clothing and other bodies: affective geographies of homoerotic cruising encounters". **Social & Cultural Geography**, Vol. 9, No. 8, p. 915-932, dez. 2008.

BROWN, Michael P. **Closet Space: Geographies of metaphor from the body to the globe**. Londres: Routledge, 2000.

BROWNE, Kath, LIM, Jason, BROWN, Gavin (eds.). **Geographies of Sexualities: theory, practices and politics**. Hampshire: Ashgate Publishing Limited, 2007.

CALIFIA, Pat. **Public Sex: The Culture of Radical Sex**. San Francisco: Cleis Press, 2000.

CHAUNCEY, George. **Gay New York**. Nueva York: BasicBooks, 1994.

DÍAZ-BENÍTEZ, María Elvira. “*Dark Room* aqui: um ritual de escuridão e silêncio”. **Cadernos de campo São Paulo** no. 16, p. 93-112, 2007.

DUNCAN, Nancy (ed.). **BodySpace: destabilizing geographies of gender and sexuality**. Nueva York y Londres: Routledge, 1996.

FRASER, Nancy. **Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”**. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 1997.

HALBERSTAM, Judith. **In a Queer Time and Place: Transgender Bodies, Subcultural Lives**. Nueva York y Londres: New York University Press, 2005.

LEAP, William L (ed.). **Public Sex/Gay Space**. Nueva York: Columbia University Press, 1999.

MASSEY, Doreen. “A global sense of place”. **Space, place, and gender**. Minneapolis: University of Minnesota Press, p. 146-156, 1994.

MASSEY, Doreen. **For Space**, London: Sage, 2005.

MCDOWELL, Linda. “Doing gender: feminisms, feminists and research methods in human geography”. **Transactions of the Institute of British Geographers** 17, p. 399-416, 1992.

MCDOWELL, Linda. **Género, identidad y lugar**. Madrid: Cátedra, 2000.

MITCHELL, Don. **Cultural Geography: A Critical Introduction**. Oxford: Blackwell Publishing, 2000.

ROSE, Gillian. **Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge**. Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1993.

Questions to geography from cruising between men in Bogotá

To talk about cruising / sex in public between isn't easy at all. Many people still think that sex is a question of the private sphere or can't be conceptualized in an academic agenda. Intimacy is the main reason; no one 'should' talk about it, since it would be annoying and uncomfortable for them (for men engaged on these erotic practices and for the academics).

What they don't say is that sex is already a tremendous public topic. You listen to jokes about anal sex in humour TV shows, or know of talks in young people which are trying to mark differences and limits from non-heterosexual identities (I prefer non-heterosexual to 'gay' because it doesn't make any justice to vivid experiences and critics from some people who differ of this category but still can be marked as such), or you see from time to time policemen keeping an eye (a big one) on male couples walking around the parks. One of the main functions of these policemen in streets and parks is looking for possible cruisers to stop them. Humiliation and despair are the affects involved in this kind of anti-cruising / anti-sex in public crusade.

In this paper I am going to talk about cruising (sex in public) between men in Bogotá, Colombia. However, I must differentiate places like parks, bathrooms of shopping malls and universities (re-appropriated for cruising in certain hours of the day) from places like bathhouses/saunas, sex houses and porn theatres (called 'videos'). We can put it this way: first, it's the money. You don't have to pay for getting into a park to look for an anonymous and instantaneous sex partner and have sex after bushes or thick trunks. But you will require certain quantity of money to enter to a sauna or 'video' and be safe from any curious or intruder to have sex. Second, the security: police can't allude to any moral reasons to enter to these places, like they would quote in other public space. Also, men aren't exposed to be attacked or be robbed by other people. We have to remember that the parks are places for cruising according to conditions of sunlight, accessibility, distance from masses, etc.,

that make cruisers vulnerable. Third, saunas and sex houses have more options to entertain their clients (some of them have a bar, a dancing place, alcoholic and fast-food, even strip tease and sex performances). And fourth, it's a question of social class and age mainly, which work like 'filters'.

My current investigation and ethnographic work focus on one 'video' and one sauna in Bogotá. I will argue that geography, as a discipline, needs to talk to this particular spatiality, part of the landscape of the urban spaces of many cities in the world. Not only to analyze them in their own logics, but 'to get out of the closet' the implicit homophobia in certain people in the academy, which see this topics part only of a sexual minority, without any relevance to the geographical work. I think we could learn from their vision of the space, of the circulation and contrasting symbols and meanings, of their territorial conflicts with the heteronormative and homonormative regimes and of their power relationships. Especially, from an interdisciplinary perspective.

Like any other sexual action or practice, cruising is spatial. Men involved in them create strategies and tactics to get a partner (or partners) inside saunas and sex houses. Inside, some of them have to move, walk around, wait, avoid people they don't like, visit dark rooms, getting away from dark rooms and so on to carry out with their objective. Other ones just got involved very quickly. Therefore, not a few questions appear: what type of men visits saunas and 'videos'? Where are these places located? Why there and not in other spaces? What type of relations is being established with places with similar services and with the neighborhood in particular? How they move inside those places? These and other questions relative to masculinities, performativity, commercial networks, race, ethnicity, spatial identities, public/private dichotomy, beauty patrons, and so on, raised from this topic.

I will write this paper from five critic perspectives:

1. Sex is a spatial variable.
2. The place of gender and sexuality in geography.
3. Different sexual meanings in one single place.

4. Sex as territorial conflict.

5. (Sexual) interconnection with other places.

We need to think of interdisciplinary perspectives in geography more than ever. For example, a queer perspective would take account of the varied sexual urban landscapes, making responsible and compromised geographical investigations, which think of sex as a legitimate spatial variable. It's really about letting off sexual and gender prejudices and empowering non-heterosexual practices (I'm not talking about identities only) as valid productions of knowledge to the entire discipline. Queering geography is, as I pretend with this paper, David Bell's statement "fucking geography".

Keywords: cruising, place, sex, queer theory.

Questões à geografia a partir do *cruising* entre homens em Bogotá

Falar acerca de *cruising* ou sexo em público não é fácil. Muitas pessoas acreditam que é um tema da esfera privada ou que não é possível de conceituar ao interior da academia. Intimidade é a razão principal, ninguém 'deve' comentar sobre isso, já que seria incômodo e irritante para eles (para os homens e para os teóricos).

O que eles omitem é que o sexo é já um tema enorme. Você escuta pessoas contando piadas em programas populares de televisão, ou sabe que é lugar-comum entre os jovens que estão tentando de criar diferenças com os no-heterossexuais (prefiro no-heterossexual a 'gay' porque há muitas críticas desde experiências de vida sobre essa identificação homossexual), ou você pode ver a polícia rondando pelos parques à noite para vigiar e proteger seus espaços dos *cruisers*. Um das principais funções dos shoppings é cuidar os banhos deles. Humilhação e desprezo são afetos enrolados nesta espécie de cruzada anti-cruising / anti-sexo em público.

Nesta apresentação oral, vou falar do cruising / sexo em público entre homens em Bogotá, Colombia,. Não obstante, devo diferenciar entre lugares como parques, banhos públicos das universidades e os shoppings (re-apropriados em certas horas do dia) dos lugares como saunas e clubes de sexo, chamados 'videos'. Primeira diferença: o dinheiro. Você não deve pagar para aceder a um parque público, encontrar outro(s) homem(ns) e ter sexo de forma imediata atrás de um arbusto mediano ou uma árvore com tronco grosso. Mas você deve ter uma quantidade de dinheiro para entrar em uma sauna ou 'video' e estar seguro dos curiosos e intrusos para ter sua relação sexual sem problema. Segunda diferença: a segurança. A polícia não tem permissão para entrar nos lugares por razões morais e incomodar os clientes, como eles fazem

nas áreas públicas. Além disso, os *cruisers* estarão longe dos perigos de ser atacado ou roubado. Terceiro, há mais opções de entretenimento nas saunas e nos clubes de sexo. E quarto, é uma questão de classe social e idade, os quais agem como ‘filtros’.

Minha pesquisa (e este trabalho) se concentra em um ‘video’ e em uma sauna em Bogotá. Vou argumentar que a geografia precisa falar desta particular espacialidade, parte das paisagens urbanas das cidades maiores do mundo. Para analisá-los em suas próprias lógicas e para ‘tirar do armário’ a homofobia das pessoas na academia que acreditam que só é um tema de uma minoria sexual e não tem alguma relevância para a disciplina. Eu sei que nós podemos aprender de sua visão do espaço, da circulação de significados e símbolos, de seus conflitos territoriais com os regimes da heteronormatividade e da homonormatividade, e das relações de poder entre eles. Especialmente, com uma perspectiva interdisciplinar.

Como outras ações e/ou práticas sexuais, o *cruising* é espacial. Os homens criam estratégias e táticas para conseguir um companheiro (ou companheiros) dentro das saunas e clubes de sexo. Alguns deles devem caminhar muito, esperar, mover-se de um lado para outro, rechaçar clientes que eles não gostam, entrar nos *dark rooms*, sair dos *dark rooms*, e outras práticas espaciais mais para obter seu objetivo cumprido. Embora, outros mais conseguem rápido. Além disso, muitas questões são feitas: quais homens entram nas saunas e ‘videos’? Onde estão localizados os lugares? Por que aí e não em outros espaços? Que tipo de relações é estabelecido com lugares com os mesmos serviços, com lugares comerciais, com lares em particular? Como se relacionam eles? E outros mais sobre masculinidades, performatividade, redes comerciais, raça e etnia, identidades espaciais, binário público/privado, padrões de beleza e, por suposto, a genealogia do *cruising* entre homens.

Além disso, eu vou descrever cinco pontos centrais como parte das conclusões da minha tese de uma pós-graduação em estudos culturais:

1. Sexo é uma variável espacial.

2. O lugar do gênero e da sexualidade na geografia.
3. Significados sexuais diferentes em um só lugar.
4. Sexo e conflitos de território.
5. Interconexão (sexual) com outros lugares.

Nós precisamos da perspectiva queer mais que nunca. Não é contra as teorias e metodologias geográficas tradicionais e conversadoras, mas é para enriquecer uma perspectiva interdisciplinar nos geógrafos e geógrafas. Não são os heterossexuais vs. os no-heterossexuais, mas é sobre pesquisas geográficas responsáveis e comprometidas. É sobre extrair os preconceitos de gênero e sexualidade e reconhecer as práticas no-heterossexuais (não falo somente das identidades sexuais) como produções válidas de conhecimento para a disciplina toda. Como David Bell tinha dito duas vezes: *fucking geography*.

Palavras-chave: cruising, lugar, sexo, teoria queer.